

Crónicas del de smundo IIII

ROBERTO BAÑUELAS

Sólo hay dos direcciones perfectamente opuestas que, en el trayecto de calor, ruido y paradas, también coinciden con el trasbordo de las “correspondencias”. En el columpio de la espera, aunque cada pasajero sepa adónde va, da la impresión de sentirse perdido entre la multitud de solitarios con la insignia de extraviados. Cuando aparece el tren, todos los que esperan al borde de la vía se aprestan para entrar contra los que quieren salir.

La esposa del poeta ha entrado en una crisis de feminismo sin monumentos; hipersensible y locuaz, encuentra la respuesta anticipada a toda argumentación que pueda dejar a salvo la dignidad del macho dominante. Ella inicia, aunque no concluya, las discusiones por un mundo que salió del caos y que no ha encontrado el orden de la multicitada armonía de las esferas. Entre las odas y las églogas, su lírico esposo ha llegado a la conclusión de que Leonorilda está anticipando reacciones neuróticas sin ahorrar nada para cuando le llegue la menopausia.

La pareja, con hijos divorciados y nietos que van a cometer matrimonio antes de un año, ya ha vivido mucho y se lo han dicho todo, desde la encendida pasión hasta los monólogos de monosílabos que expresan la desolación de la existencia consumida.

Sentados en una de tantas bancas del parque anaranjado y enrojecido por el otoño, son rey y reina de un ajedrez de desertores; solos y acompañados, miran al mismo túnel que se orada en un vacío del paisaje indiferente de otra tarde que se va.

El hombre, ayer orgulloso de los logros de la civilización, hoy quiere despojar de su hábitat a la fauna marginada.

Aquel filósofo, reconocido y admirado por haber colocado palabras luminosas en las tinieblas de la amarga confusión, vivió y murió para quien quisiera olvidarle.

El bombardeo convierte a los edificios en ascensores que se desploman con el peso excesivo de la muerte. Los pensionados y los rechazados para ir a morir al frente, corren con las actuales y las futuras viudas para

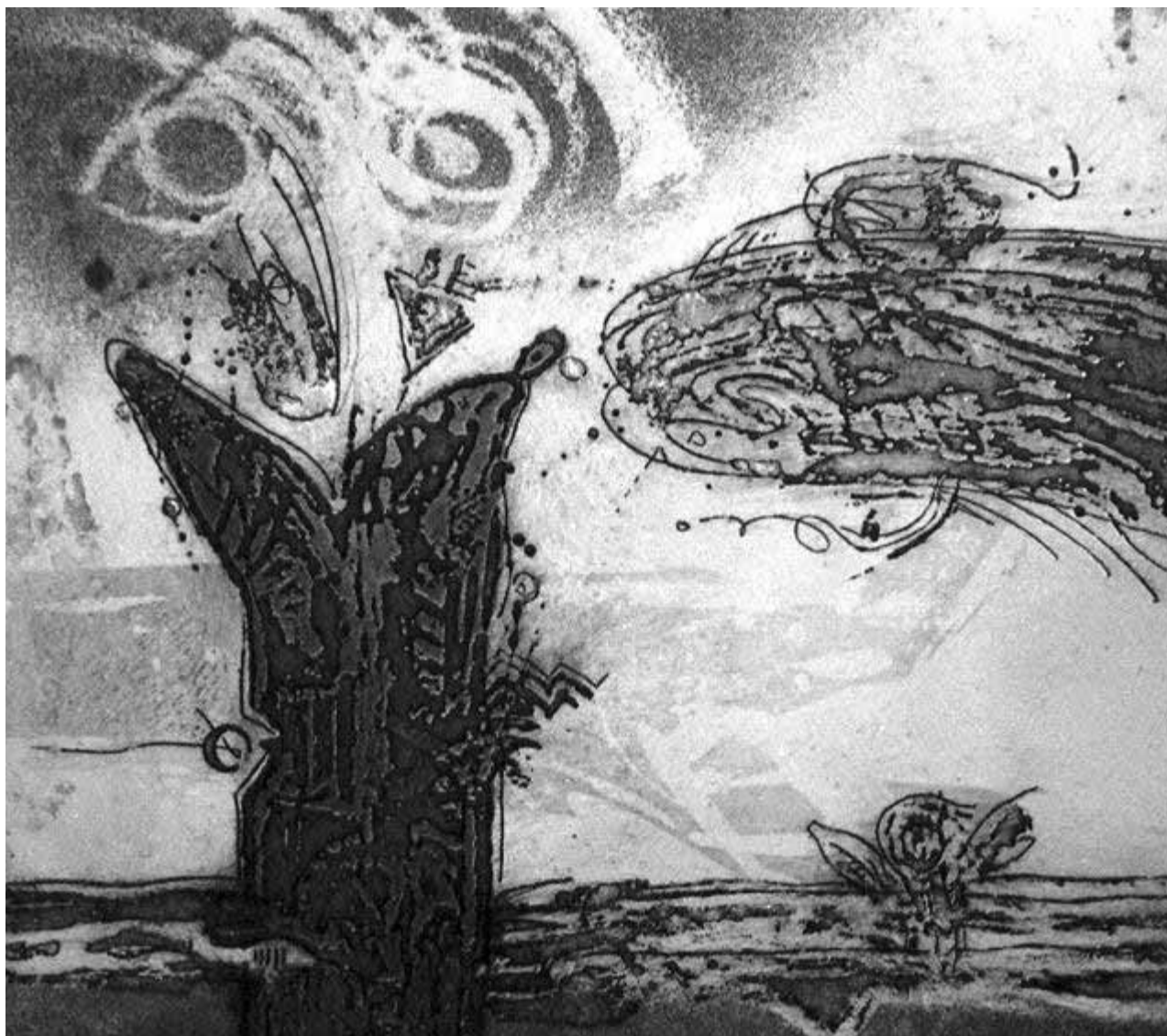
alcanzar el refugio. Éste ha sido otro ataque inesperado que las sirenas –casi afónicas no advirtieron a tiempo.

Aislado, escupiendo saliva amarga contra las loas y versículos que exaltan la traición continuada, llevas tu anticanto de protesta y denuncia a la redacción de la revista amenazada de ser clausurada. Cuando ya vas a salir del edificio y bajas distraído por la escalera, te resbalas y estás a punto de caer frente a la burla compacta de los que se arrastran. Después de perdonar a la momentánea fatalidad, caminas hacia el café como el camello al oasis.

Se oye el aleteo de ángeles imaginarios que protegen el tejido de los animales que perdieron el paraíso para quedar cautivos en este parque zoológico invadido de niños crueles y progenitores complacidos con la libertad de no tener que hacer nada.

Al otro lado del bosque, por las avenidas congestionadas de vehículos agresivos, las parcas esquivan las embestidas de los demonios enloquecidos.

Si no sabes dibujar ni tienes ideas para abstraer, como segunda realidad, la naturaleza y la vida dentro de los límites de un cuadro, pero padeces la alucinación de figurar como un pintor no figurativo, lo mejor es que



derrames los colores líquidos sobre la tela y que la casualidad (causalidad siempre aleatoria) decida el destino final de un cromatismo amorfo.

La página sin palabras, la tela sin trazos ni color, el papel pautado con sus pentagramas vacíos, esperan..., esperan a que el programa arrugado del cerebro deje de estar en blanco.

El peregrino camina con una idea que espera, para creer en ella, encontrarla fuera de sí mismo en el camino que se alarga sin fin y sin la constancia de la imagen reveladora.

La mujer vacía cobra algún significado al complementar la estructura de la silla en la que cuerpo y mueble se integran en una hora fecunda de nostalgia.

Al jarrón con forma de mujer desnuda, con tanta humedad en el ambiente, comenzó a brotarle y crecer un fino pasto en la región triangular del pubis.

Después de la función de estreno, el dramaturgo se sitúa en el centro del foro y contempla, con duplicada tristeza, la ausencia del público y la fuga de sus propios fantasmas que, una hora antes, vociferaban para reclamarle al destino a la dosis faltante de felicidad y amor.

Me duele la cabeza como si el dolor o la ausencia de felicidad hubieran sustituido al hecho de pensarlos.

El ingeniero fresco del viejo resulta contradictorio e incomprensible para la incultura acumulada de la joven, candidato triunfante de la seducción a cambio de valores más definidos que la ambivalencia de las palabras.

–Señorita Eustolia: usted me espera en mi oficina como si nada y luego hacemos todo, ¿sí?

Un libro sin leer, una carpeta con hojas en blanco, una pipa sin fumador y un cenicero con cadáveres de cigarrillos, hacen del conjunto la más muerta de las naturalezas.

A Irisa (en homenaje al arco iris) le gusta echarse de clavado en la alberca y, sumergida, atravesarla de un extremo a otro. Yo la espero cerca de la escalerilla para envolverla en una toalla. El cuerpo de Irisa, empapado y con un inevitable temblor, me hace llegar al rescoldo de su poderosa sexualidad. Después de confesarle la urgencia apasionada de mi amor, me dice que cómo pretendo caer vivo sobre ella si no tengo ni donde caerme muerto, que sus proyectos son los de vender muy cara su juventud con un viejo rico que la convierta en viuda y heredera, y que después de eso ya veremos... Aunque estén tan escasos los empleos, ya me estoy cansando de ser el chofer de esta familia tan materialista.

Hay algo de luz en este amanecer indeciso bajo el cielo nublado. Las lámparas del alumbrado de la ciudad parecen adornos olvidados. El viejo edificio de apartamentos, donde vive una de sus hermanas, es una tumba rellena con silencio, decorada por el estilo neoclásico de su centenaria construcción. El hombre, triunfante por haber sobrevivido al exilio, se encamina a la puerta principal y golpea con el canto de tres monedas. El portero, con más flemas en la garganta que voz emitida, pregunta “¿quién es?”.

–Soy el hermano de la señorita Silier; ábrame o avísele que aquí está su hermano Jacobo.

Soy el primero en reconocer que el alcohol me enloquece. Anteanoche ella salió de casa con la intención de dejarme. No es mi culpa que haya salido corriendo cuando estaba lloviendo y que se golpeará en la cabeza contra las losas de la acera. Después de prometerle que ya no volveré a beber, ella ha aceptado otro período de convivencia.

Es difícil saber quien tiene la razón si se disparan por igual. Cuando ya casi no quedan antagonistas vivos, el televisor me sigue mirando y retándome a otra historia de terror, que es lo propio del hombre. ■